

LIBROS

«Patografías», de Castilla del Pino

El último volumen de Castilla del Pino («Patografías. Neurosis de angustia. Impotencia sexual». Siglo XXI) recoge dos historias clínicas-patografías, que sirven al autor para la elaboración, al hilo de la evolución misma del enfermo, de muy agudas consideraciones sobre diversos temas del más alto valor teórico-práctico en el campo de la relación psiquiátrica. El sustrato básico de estas patografías es la consideración de «lo psicológico», «lo social» y «lo fisiológico» como ámbitos funcionales que se interfieren y contraponen dialécticamente de un modo constante.

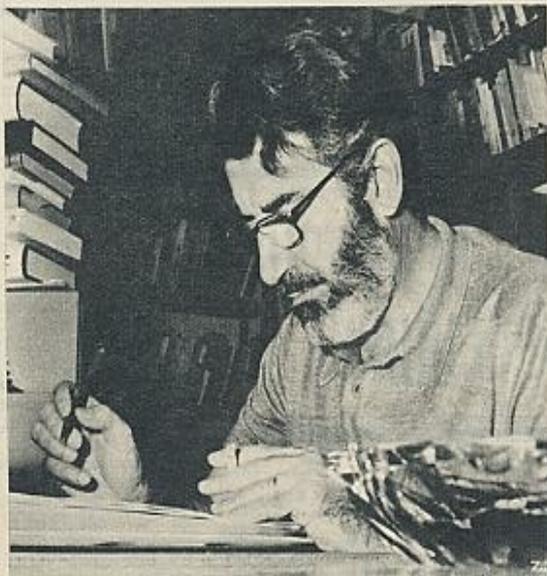
Parte Castilla del Pino de la convicción, que razona, de que la consulta médica, la relación médico-paciente, se inicia con todo un sistema de malentendidos, que, en el mejor de los casos, caminará hacia su disolución en las entrevistas posteriores. El primer malentendido reside en el concepto mismo que ambas partes tienen de la curación y del valor de los síntomas. Todo enfermo consulta por sus síntomas. Estos, además de ser expresión del proceso patológico que subyace, son manifestación de la persona. En el síntoma, como en todo signo, se pueden distinguir el significante y el significado. Pero es múltiple el significado que el síntoma tiene para el enfermo. No sólo significa el trastorno que subyace, sino que es también medio de expresión de su persona con relación a quienes le rodean. Estos significados personales del síntoma constituyen un sistema, cuya exacta aprehensión exige del psiquiatra un esfuerzo interpretativo, tras múltiples aproximaciones verificadas sobre el propio paciente. Para la cura efectiva del enfermo es precisa, tanto por parte del médico como del paciente, una valoración clara del síntoma.

Y esta valoración implica la situación del síntoma dentro del contexto ideológico del sistema social en que ambos habitan.

Desde la perspectiva que antecede, cobra su cabal sentido el análisis de Castilla del Pino sobre los juicios de hecho y los juicios de valor, en el que queda bien clara la dificultad de establecer una rígida separación entre ambos. Esto es cierto hasta el punto de que tendemos a darle categoría de juicios de hecho a juicios de valor, incluso en los momentos en que creemos que operamos con el máximo rigor intelectual. Una consideración superficial del tema llevaría a una diferenciación nítida entre los juicios de hecho como constataciones de, o sobre

que denominamos «enfermos»?, y se adhiere a la respuesta que dio Von Weizsäcker: «Enfermo es todo aquel que va al médico».

Planteada así la cuestión, es claro que la consideración de los fenómenos patológicos hay que situarla en relación con el sistema de referencia o de valores de una concreta comunidad. Así se comprende —por poner ejemplos que cita el propio autor— que una «enferma» de tracoma del albaceteño pueblo de Alarcón —250 habitantes— no sintiera la necesidad de acudir a la consulta del médico, pues el hecho mismo de que su padecimiento lo compartieran buen número de sus conciudadanos hacía que el tracoma no fuera en-



la realidad, y los juicios de valor como representaciones del sujeto sobre la realidad. Pero la cuestión no es tan simple. ¿Es «ser enfermo» un juicio de hecho o un juicio de valor? Para una consideración aproblemática de la Medicina, «ser enfermo» es un juicio de hecho. Pero, el autor se pregunta: «Si este hombre se considera ahora enfermo, ¿por qué no antes, si adolecía de idéntico trastorno? Este interrogante es una forma parcial de una pregunta más general: «¿Quiénes son tributarios de la actividad médica?». La respuesta «los enfermos» no deja de ser una flagrante tautología. Castilla del Pino retoma la cuestión y formula esa otra pregunta de retorno: «¿Quiénes son estos

fermedad para ella. Otro ejemplo: hasta hace unos años, un buen número de obsesivos no pasaron del ámbito del confesionario. Queda así claro que la curación sólo puede producirse cuando exista un consenso entre el médico y el enfermo sobre el valor de los síntomas.

No quisiera dar término a esta reseña sin referirme, aunque en forma muy esquemática, a la teoría de Castilla del Pino sobre la relación del sujeto con la realidad, que pretende formalmente ser una vía de penetración unitaria en los procesos normales o patológicos del ser humano. Hay dos tipos de relaciones del sujeto con la realidad. Una, objetiva, en que el sujeto mantiene la conciencia del

carácter egoperspectivista de la relación consigo mismo y con la realidad externa, es decir, con el yo y con el no-yo, respectivamente. Otra, que el autor denomina **objetal**, en la que la relación estatuida por el sujeto con la realidad se verifica únicamente como proyección de aquél sobre ésta. Ambas relaciones —la objetiva y la objetal— son reales, puesto que ambas quedan como realizaciones, como operaciones del sujeto sobre la realidad, y, por tanto, se fijan como relaciones objetivadas. Lo que las diferencia es que la relación objetal es desrealista, y la objetiva, realista. El autor señala que, en el plano psicológico, el carácter de real no se opone a la categoría de falsedad. Uno puede equivocarse en una operación aritmética, pero el resultado, pese a su falsedad, es ya objetivado y tan real como el resultado acertado. Ahora bien, la relación objetal no permite una visión «verdadera» (válida) de la realidad, y, por tanto, su operatividad en ella ha de devenir en improductiva. No es posible una transformación positiva-productiva de la realidad sino a través de una visión objetiva de la misma. Desde estas ideas, Castilla del Pino desarrolla la dinámica de la relación objetal en sus diversos momentos, hasta que se produce el bloqueo del yo, incapaz en esta situación de adquirir conciencia de la realidad y de sí mismo. ■

PEDRO FERNAUD.

Introducción a «Jolly Rogers»

Es prematuro hablar de un escritor tan joven como Rafael Sender. Es incluso prematuro denominarle «escritor», ya que, por ahora, toda su obra publicada se reduce a un breve intento narrativo titulado **Jolly Rogers** (1). Por otra parte, la misma personalidad del joven autor constituye poco menos que un enigma: se sabe que tiene veintidós años, que escribió **Jolly Rogers** a los diecinueve, que estudia o estudiaba Filosofía y Letras y que, a pesar de disfrutar de un apellido

(1) Rafael Sender, **Jolly Rogers**. Tusquets Editor. Colección Cuadernos Infimos. Barcelona, 1972.

famoso y de ser, según tengo oído, sobrino de Ramón J. Sender, no ha existido jamás relación alguna entre ambos. Este es, en resumidas cuentas, el «curriculum vitae» de Rafael Sender.

Lógicamente, el lector inquieto suele experimentar una viva curiosidad ante productos literarios procedentes de autores noveles. Y ello se debe a que el panorama general de la narrativa española es, en la actualidad, tan cualitativamente desmirriado que cualquier nombre nuevo encierra, por el simple hecho de su novedad, el germen de una posible redención. Y así, el lector inquieto se enfrenta con tal predisposición del ánimo a obras como **Jolly Rogers**.

Y, sin embargo, la benévola y esperanzada predisposición del lector torna, en este nuevo caso, al pesimismo. **Jolly Rogers** no representa ningún pentecostés literario. No se trata, entendámonos, de una obra fallida; ni tampoco de una reiteración de viejas fórmulas narrativas. **Jolly Rogers** es simplemente una obra inmadura, una tentativa demasiado pueril; resulta ingenuo pretender desmoronar en setenta páginas todo el edificio de la literatura tradicional. Máxime si se tiene en cuenta que las «innovaciones» aportadas por Rafael Sender proceden —consciente o inconscientemente— de técnicas utilizadas con más o menos éxito por autores pertenecientes al pasado.

Jolly Rogers no es, en rigor, una novela, sino una mera acumulación de imágenes y sugerencias (a veces, no hay por qué negarlo, francamente atractivas). Rafael Sender ha jugado premeditadamente con el hermetismo, con un particular e intransferible lenguaje de símbolos. Billy Bones —trasunto imaginario del propio autor— recorre situaciones y coyunturas cuyo último sentido se nos escapa. Sospecho que Rafael Sender ha intentado ser «diferente» a costa de todo; a costa incluso del empleo de ciertos vocablos —«broteado», «espasmodea», «cristaleado», «practiquear», «altruísticamente», «absolutidades»...—, cuya inclusión en el relato era semánticamente innecesaria; toda ruptura del lenguaje habitual ha de estar respaldada, a mi entender, por una auténtica precisión expresiva.

No obstante, insisto, es

aún prematuro hablar de Rafael Sender. Jolly Rogers es tan sólo un precedente de tono menor. Su aparición no transforma el árido paisaje de la narrativa española; pero tampoco nos obliga a desesperar por completo de su autor. Rafael Sender tiene aún mucho camino por delante, y no será desaconsejable seguirle los pasos. ■ S. R. SANTERBAS.

España siglo XX Versión S. G. Payne

La revolución española es el primer libro de Stanley G. Payne que llega en condiciones normales al público español. De los tres anteriores, uno, *Franco's Spain*, carece, por el momento de versión castellana, y los dos restantes, *Falange* (1961) y *Los militares y la política en la España contemporánea* (1967), han permanecido asimismo fuera del alcance de nuestros lectores, lo cual no ha sido obstáculo para que aquél lograra cierta difusión y, al caer sobre un tema carente de análisis científicos, fuese considerado poco menos que como un clásico. Payne era, por tanto, un autor esperado. Si a esto unimos la persistente actualidad del tema de la guerra civil y el lanzamiento dentro de una colección que, como «Horas de España», de Ariel, viene reuniendo los mejores estudios sobre la España contemporánea, es fácil augurar a *La revolución española* una difusión muy amplia. Hecho del que resulta difícil congratularse, porque, como en el caso recientemente comentado de *Los anarquistas españoles*, de Bécarud y Lapouge, nos encontramos ante un libro de escaso valor, constantemente lastrado por la ideología de su autor y por el insuficiente nivel de investigación que le ha servido de base.

En las líneas del prefacio en que Payne justifica las razones de este cuarto recorrido por la Historia española contemporánea, advierte al lector de que «hasta el momento, ningún libro de este mismo tema ha aparecido en la bibliografía española, y, al fin y al cabo, no hay diferencia entre escribir historia seria y objetiva para el lector americano o para el lector español. Lo que importa es el

intento de presentar los hechos tal como fueron». Dejando de lado la discusión sobre lo que puede ser esta «Historia seria y objetiva», consistente en «presentar los hechos tal como fueron», intentaremos, pues, descubrir desde qué supuestos y en qué medida cumple con sus propósitos iniciales de estudiar «las izquierdas españolas» Stanley G. Payne.

Significativamente, el primer capítulo se abre con una condena tajante de toda revolución. Las revoluciones, para Payne, son cambios drásticos y violentos en el sistema económico y político, característicos de sociedades en período de crisis o con fuertes resistencias a la modernización. Existe una relación inversa entre modernización del sistema social y posibilidad de cambios revolucionarios, hasta el punto que en los países industrializados la revolución, de producirse, «prometía salvar gran parte de la sociedad constituida y conservar los valores nacionales» (sic). Por otra parte, la revolución se hace posible al declinar el peso de la religión, típico de la fase preindustrial, interviniendo como sujetos de la conmovión no grupos o clases sociales, sino individuos especialmente interesados en desencadenar la misma: utilizando un término de estirpe barojiana, «visionarios». «La idea revolucionaria —escribe Payne— ha hecho sentir su atractivo con particular amplitud en sociedades que padecen fuertes crisis o que experimentan la resistencia que unos obstáculos profundos oponen a la modernización. Su atractivo se ha visto acrecentado por la decadencia del sentimiento religioso tradicional, pues, en el vacío que ha dejado tras de sí ese declinar, algunos visionarios han tratado de introducir, en la sociedad moderna, el objetivo de una utopía materialista inmanente». Queda así configurada la base de una visión histórica abiertamente irracionalista. La pretendida «Historia seria y objetiva» va a consistir, en realidad, en adecuar los datos con que cuenta el narrador a ese prejuicio que le lleva a interpretar todo mantenimiento del orden vigente como signo de madurez social y los cambios radicales en el sistema como obra de sujetos (individuales o co-

lectivos) que, en tanto que visionarios o utopistas, desconocen aquella racionalidad. Cabe, pues, prescindir del análisis de las relaciones de dominación, económica o política, existentes en un sistema social. La narración se limitará a recoger la interacción de los actores que se ajustan o no a esa regla del juego inicial

cada de 1930. Su fracaso constituye otro capítulo dentro de los desastres del maximalismo revolucionario del siglo XX». Veredicto que es preciso contemplar no como resultado, sino como punto de partida.

Este supuesto ideológico determina incluso el material sobre el que Payne ha desarrollado una investiga-

hemerográficas, y éstas todavía no cuentan para la descripción que hace de 1933. Como era de esperar, el material económico es marginado, salvo cuando existe un estudio, como el de Malefakis, sobre la reforma agraria, o el de Bricall, sobre las colectivizaciones durante la guerra, que autorizan una explotación intensa y hábil. La deuda respecto a Malefakis, en las páginas 102 a 106 y en el capítulo VII, resulta abrumadora, y para Bricall, remitimos al lector a contrastar la página 262 de Payne con las 49-50 del historiador catalán. Hasta 1931, un autor que sentencia con toda tranquilidad la acción de los movimientos sindicales se permite dejar de lado la masa documental acumulada por el Instituto de Reformas Sociales, que sólo aparece en una ocasión a través de una cita de Balcells. Las connotaciones psicológicas y aun estéticas (desde el Pablo Iglesias enfermo y prudente, al tuberculoso Casares, Macia, que se parece al Quijote, o Llopi, Rodolfo Valentino de la pedagogía) cobran mayor relieve, porque, en definitiva, lo que cuenta en Payne son los personajes y, a través de éstos, los actos que el historiador debe juzgar. La precisión ideológica resulta secundaria, y cuando se aborda, llega a extremos verdaderamente antológicos; así, la definición de Seguí, que no era «anarquista, sino más bien libertario»; la constante referencia al Pestaña de 1920 como enemigo del anarquismo (cuando era entonces su líder en la CNT), o el increíble propósito que se atribuye a Prieto en 1936 de formar «un Gabinete estable republicano moderado socialista de izquierda» (página 201). Los ejemplos podrían multiplicarse, debiendo tal vez ser resaltada la observación de que los discursos «más lúcidos, eficaces y clarividentes» que se pronunciaron en las Constituyentes de la República correspondieron a Ortega y Gasset, cuando no existe el menor indicio en el resto del libro de que Payne haya consultado el «Diario de Sesiones».

Donde el resultado del procedimiento usado por Payne, de juzgar sin apelación sobre los datos que le vienen a mano, alcanza resultados casi divertidos es al referirse a los partidos

LOS SETENTA AÑOS DE NICOLÁS GUILLEN

El pasado día 10 de julio cumplía setenta años el poeta Nicolás Guillén. Había estado en Madrid dos semanas antes; venía de Italia, donde acababa de recibir el Premio Viareggio, y recaló durante unas horas en la capital de esa España —raíz de mi árbol, de tu árbol, de todos nuestros árboles...— que le causara, hace ya muchos años, algunas angustias poéticas. Dedicó su breve estancia madrileña a visitar a unos pocos amigos y a comprar maletas. Andaba corto de tiempo y no fue posible hacerle una entrevista. «Irse a Cuba no es lo mismo que irse a la vuelta de la esquina; uno se lía, se lía...». Hablaba con esa voz grave y sonora de mulato noble, con esa voz entrañable y natural con que recita sus propios versos. En Cuba le esperaba el homenaje de sus paisanos. Nicolás Guillén es, en el mejor sentido de la palabra, un poeta del pueblo. Más aún: Nicolás Guillén es un «revolucionario antes de la revolución». Hace cincuenta años, en sus primeros poemas camagüeyanos, casi todos inéditos, ya exclamaba:



«¡Quisiera ver a los americanos! Ellos, que nos humillan con su fuerza, / modernos incas, nuevos aztecas, ¿qué harán?». Nicolás Guillén presentía toda su obra, conocía su camino, guardaba en la posibilidad de la memoria los versos de su último libro: «En el acuario del Gran Zoo, / nada el Caribe... / En el acuario esta inscripción: / "Cuidado, muerde". Síntesis viva de la mejor tradición poética castellana y del más sincero latido lírico de su pueblo, Nicolás Guillén no ha pertenecido jamás a la estirpe de los hombres equívocos. Dentro de poco, cuando lleve su carta, él nos hablará de sí mismo. Estas líneas son simplemente un modesto homenaje de cumpleaños.»

(el progreso en el orden). El enjuiciamiento constante de las conductas, la renuncia a todo análisis sistemático de la estructura económica, el poder político o las ideologías, ayudarán a alcanzar, de descripción en descripción, más o menos afortunada, según el nivel de lectura de Payne, el objetivo perseguido: probar que, «dominada por mitos y doctrinismos, la izquierda española fue incapaz de lograr unidad y progreso en la dé-

cción efectiva. Preocupado por condenar a las izquierdas revolucionarias, Payne apenas cita de modo directo otros periódicos que *El Socialista*, *Claridad* y *Mundo Obrero* (con el sustento ocasional de *El Sol*) para el período anterior a 1936. En rigor, la única lectura intensiva de textos de primera mano previos a la guerra parece haber tenido lugar sobre el bienio 1934-36. Antes, las referencias proceden casi siempre de fuentes no